

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sahemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

LAS CALLES ATEAS.

A este epíteto, que en todas épocas y regiones ha escitado constantemente el horror de la humanidad, no solo reinando en su plenitud el catolicismo, sino entre las sectas protestantes más ó menos racionalistas, en medio de las tinieblas de la idolatría, en medio de las disputas de los filósofos, siempre y donde quiera haya existido una sociedad en embrion, se ha pretendido en los últimos tiempos quitarle su repugnancia, y hasta recomendarlo bajo ciertos aspectos y en órdenes determinados como una necesidad del siglo, como un progreso de la civilización. «El estado es ateo» han dicho nuestros modernos publicistas; y dando por axioma la paradoja, han querido fundar en ella la separacion completa entre lo civil y lo religioso, y establecer como principio de gobierno no ya un rasero igual para todos los cultos, no ya una indiferencia sistemática ácia todas las creencias, sino lo que es más, una absoluta abstraccion de toda idea y sentimiento de religion en la esfera social, considerándola de carácter puramente individual y privado. «La ley atea» proclaman los nuevos legisladores, rompiendo á la vez el freno del gobernante y el freno del gobernado, y sustituyendo á sus respectivos derechos y recíprocos deberes no sé que elástica conciencia natural, cuyos fallos interpreta por un lado la fuerza y por el otro el interés.

Del ateismo del estado y del ateismo de la ley, llevados á su última consecuencia, derivaria el ateismo de las calles. La frase acaso parecerá singular, pero no lo es ya por desgracia el concepto que espresa, ni lo son para desgracia mayor los hechos en que se declara. Si la fé y la piedad son ideas y sentimientos meramente individuales, no reconocidos, no amparados por la ley, ¿habrán de guarecerse al amparo del hogar doméstico sus simbolos y representaciones? habrán de encerrarse en el fondo de los templos los imponentes ritos, las augustas pompas del catolicismo? no podrá Dios salir del santuario sino de incógnito, ni ser llevado por las vias públicas siquiera á título de manifestacion? podrá ser reducido á clausura y privado del solemne homenaje de los fieles por medida de policia y buen gobierno? ¿Y quién sabe si para disfrazar su sagrado destino y para someterse á la fea uniformidad de las construcciones civiles deberán un dia renunciar las iglesias á su exterior arquitectura, y reducirse al silencio las campanas ó bajar de tono los cantos religiosos con achaque de no turbar el sosiego de los vecinos?

Remotos se presentarán semejantes temores á los que en esta privilegiada isla, por un conjunto de felices circunstancias y por la sensatez de las autoridades, apenas han visto alteradas las devotas costumbres de sus abuelos ni cohibidas sus gratas expansiones. Pero no gozan de igual dicha hartas poblaciones

del continente: en unas hacen gala de no asociarse á las solemnidades religiosas sus municipios, manchando al pueblo que representan con esa mezquina protesta de impiedad; en otras llevan su intolerante saña hasta prohibirlas só pretexto de orden público; algunas se hallan bajo el peso de una declarada persecucion y se preparan á retroceder á la edad de las Catacumbas. De ciudad no lejana escriben que la procesion del Corpus hubo de hacerse por dentro del claustro de la catedral, que se ha prohibido administrar el Viático con la publicidad y aparato de costumbre, y que para acompañar al Señor con hachas y de dia hubieron de menester su esfuerzo dos bravos militares. En igual opresion pudiera sumirnos el menor capricho, el mas leve cambio personal.

Mal conocen al pueblo católico y particularmente al español, artista por instinto, ávido de impresiones, entusiasta en sus afectos, expansivo é incapaz de reserva en todo lo que le atrae y conmueve, mal le conocen los que no reparan en herir sus fibras mas sensibles y delicadas con alfilerazos á veces mas dolorosos que los golpes mortales. El culto es para él una necesidad, no circunscrito al recinto de los templos, sino rebosando fuera de ellos, derramado por las calles y plazas, mezclado de continuo con sus ordinarias tareas, embelleciendo y consagrando sus regocijes, consolando sus aflicciones, presidiendo á los actos mas imponentes de la vida pública y á los mas graves de la individual. Aquellas cruces de piedra plantadas á la entrada de los lugares para recibir y despedir al caminante, aquellas imágenes puestas en las fachadas ó esquinas cual místicos centinelas y saludadas á menudo por los transeuntes, aquellas lámparas que arden aun de noche ante viejos cuadros y capillas en anchas encrucijadas ó en oscuras travesías, primicias del alumbrado de nuestras ciudades y únicas luces que hace medio siglo disipaban sus tinieblas evitando tal vez mas de un crimen; ¿qué son á mas de poéticas memorias y pintorescos accidentes, sino desahogos de la piedad, objeto de populares fiestas y solaces,

centro de oraciones y faro de esperanza cual recientemente lo vimos en dias de tribulacion? ¿Qué son las procesiones del Corpus y de Semana santa, de la Virgen y de los santos patronos, de rogativas y de accion de gracias, sino el mas brillante, el único espectáculo quizá de las clases pobres, de las cuatro quintas partes del vecindario, que á vista de las sagradas efigies y del Redentor sacramentado reaniman su confianza y elevan el espíritu, mientras sacian á la vez los sentidos en las magnificencias, armonías y perfumes que las rodean? Qué es el cristiano acompañamiento de los viáticos y funerales sino el mas tierno y dulce alivio del moribundo y de su familia desolada?

Decidle á ese pueblo creyente que deben retirarse de la vista pública los objetos de su veneracion, cuando en cada plazuela levantaiis una estatua á cualquier héroe revolucionario. Decidle que borre los gloriosos nombres de sus celestes abogados para sustituirlos con los de vuestro ridículo martirologio ó de la vigente guia de forasteros. Decidle que guarde sus adoraciones y homenajes para el interior del templo, cuando dejais libre el paso á las mas sediciosas é insolentes manifestaciones. Decidle que respete el volterianismo de uno ó dos espíritus fuertes de la vecindad á quienes pueda molestar el tifo de una vela ó el ruido de una campanilla, vosotros que en nombre del sufragio universal mas ó menos libremente ejercido ó del voto de mayorías mas ó menos genuínas le imponeis algo mas graves molestias y sacrificios. Decidle que obrais así á fin de mantener el orden y de preservar de insultos y desacatos las cosas santas, al paso que blasonais de fuerza sobrante para hacer guardar á cada cual su derecho y os mostrais dispuestos á cualquier hora á emplearla en favor de los agresores y disidentes. ¿Cómo persuadirle á ese pueblo de que, no ya imperando sino floreciendo en libertad el catolicismo, el Autor del universo, el Salvador de la humanidad no sea reconocido por rey de las plazas lo mismo que de los templos, de que se le regateen los públicos y civiles honores, de que fuera del umbral de

su casa caduquen en cierta manera sus títulos; de que no pueda manifestarse á su paso al visitar á los enfermos, de que delante del féretro de los que mueren invocándolo no pueda tremolar el estandarte de la cruz? O acomodad vuestros edictos á las creencias del país, ó rebajad sus creencias al nivel de los edictos. Si esta contradicción se prolonga sin intensas sacudidas, ah! entonces proclamad que ese pueblo solo vive materialmente; pero al mismo tiempo desesperad de él para la patria, para la libertad, para cualquier sistema político que no sea la anarquía ó la servidumbre.

Deplorables consecuencias emanan sin duda de la libertad de cultos, mas no es cierto que forzosamente haya de traer consigo tan absurdas y tiránicas prohibiciones. Libertad de cultos hay en Francia; y en el *boulevard* de Tolosa y junto al paseo de Mompeller he visto campea colosal é imponente, respetada por infieles y por incrédulos, la efigie del Crucificado. La libertad no es la negacion de cultos: y si ninguna atencion preeminente merecemos los católicos por ser la inmensa mayoría, por el inmemorial y constante posesorio y por la nacionalidad que viene á reconocer en nuestro culto la constitucion, seamos siquiera iguales á los menos y á los recién venidos. El ejercicio público de todos ellos es preferible al de ninguno: enarbólese en frente de la cruz la media luna, tropiece con una procesion católica un entierro judío ó un *meeting* protestante; solo los que ningun culto profesan carecen de derecho en este punto y tienen el deber de respetarlos todos.

A los católicos conjuro, y sobre todo á los de mas crédito é influencia, que no coadyuven por meticuloso temor sin quererlo y sin pensarlo al maquiavélico plan de acorrallar la religion en los templos y de borrar por fuera y apartar de los ojos toda señal de fé, todo vestigio de piedad, toda manifestacion de perseverancia. Tiempo es mas que nunca de dar ostensible testimonio de cristiandad, de defender palmo á palmo las costumbres y funciones tradicionales, de desplegar ante el mundo apático é indiferente el esplendor del culto

católico, sin cejar mas que ante la violencia ó el despótico veto. Celo y decision es menester para alentar á los flojos é imponer á los enemigos. No arredrarse por miedo á irreverencias y desórdenes, que Dios sabe volver por sí, y cualquier contingencia es preferible al orden glacial, al espantoso vacío de las calles ateas.

J. M. Q.

LA SOCIEDAD DE S. VICENTE ANTE LAS CORTES.

TERCERA CARTA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 12 de junio de 1869.

Mi querido amigo:

Tenemos ya promulgada una constitucion, que dicen que contiene todas las libertades imaginadas é imaginables y muchas mas. Para los católicos es como si no contuviera ninguna; pues sabemos que esas libertades no son para nosotros. Los católicos somos los ilotas de esta sociedad moderna, que en lo malo se parece á la de Esparta, república que hallamos hoy tan horriblemente salvaje y tiránica, como los pedantescos clasicistas y dómynes del siglo pasado se empeñaron en hallarla sublime.

Si nos pudiera quedar alguna duda acerca de la eficacia de estas garantías constitucionales nos la hubiera disipado bien pronto la discusion habida en el congreso entre el señor diputado católico Vinader y el economista señor Figuerola. Pedir á un ministro progresista que abdique sus preocupaciones y que juzgue con imparcialidad y justicia, es pedir cotufas al golfo, como decia Sancho. Era lo natural que una vez dada la constitucion y declarado libre el derecho de asociacion, se dejase á los socios de San Vicente de Paul volver á organizar sus pacíficas tareas y socorrer á los pobres, que durante este invierno se han visto privados de socorros que tanta falta les hacían. Afortunadamente los llamados *Amigos de los pobres* han hecho poco bueno, y salvas algunas honrosas excepciones, han hecho no poco mal; pues las limosnas llevaban consigo no solamente el sello del indiferentismo, sino el de la impiedad. La prudencia obliga á callar por ahora sobre este punto.

Los socios de San Vicente de Paul fueron invitados á metamorfosearse (transformarse me parece poco) en *Amigos de los pobres*. Es decir que á los que no éramos políticos y huimos de mezclarnos en

política, se nos brindaba con que nos hiciéramos políticos y políticos del género revolucionario y de color subido, pues los *Amigos de los pobres* surgieron en 1865 como institución política.

Lo consecuente y lo verdaderamente lógico hubiera sido dejarnos á los católicos asociarnos á nuestro gusto, siempre que nada pidiésemos al gobierno, siempre que en nada turbásemos el orden público. Y si queríamos ser políticos y combatir al gobierno y hacer propaganda y abrir escuelas anti-revolucionarias, ¿quiénes son el Sr. Figuerola, el señor Ruiz Zorrilla y el Sr. Sagasta para impedirnoslo?

¿Acaso no reconoció el Sr. Sagasta en pleno congreso el derecho de los republicanos á todas esas cosas en virtud de la flamante constitucion, y despues de un discurso del Sr. Castelar en que á Dios gracias no hizo ninguna cita histórica? Hay acaso una ley para los republicanos y otra para los católicos?

No sirve decir que nosotros no hemos aceptado la constitucion: tampoco la han aceptado los republicanos, antes bien la insultaron y despreciaron el dia de su promulgacion. Los batallones republicanos al desfilar por delante del congreso se negaron á gritar ¡viva la constitucion! y los grupos allí estacionados intencionalmente aplaudieron á los que no gritaron. ¿Porqué pues se insulta en los católicos lo que se aguanta en los republicanos?

La libertad que no es igual para todos no es libertad, es privilegio.

Los beneficios de la ley no se dan por la aceptacion, sino por el pago y sostenimiento de las cargas públicas. Si nos negais los beneficios de la ley y los derechos constitucionales ¿por qué nos pedís contribuciones? por qué no nos declarais relevados de las cargas públicas? La equidad natural dice: *qui sentit commodum sentiat incommodum*, y viceversa.

Peró la constitucion tiene tambien sus emboscadas, y en ella se puso á todo intento la cláusula de que el gobierno pudiera impedir las asociaciones que trafasen de comprometer el orden público.

«Toda asociacion cuyo objeto ó cuyos medios comprometan la seguridad del estado podrá ser disuelta por una ley» (art. 19.) La sociedad de San Vicente de Paul no comprometia la seguridad del estado ni con sus visitas á los pobres ni con sus limosnas dadas con gran prudencia y esmero, pero el decreto del Sr. Ortiz Romero vá á ser ley. Si no comprometia ni en España ni en ninguna parte del mundo la seguridad del estado, el Sr. Ministro

de Hacienda dice *que sí*. Yo que he sido del consejo de San Vicente de Paul digo contra él y contra todo el gobierno *que no* y que es falso y calumnioso lo de la distraccion de caudales. Ni á él ni á nadie le reconozco derecho para calumniarme. Jamás hubiera dicho yo que pertenecia al consejo de San Vicente de Paul, cuando este era objeto del aprecio de todas las personas honradas, del aplauso de los prelados de la iglesia y de las bendiciones de los pobres. Pero hoy que la sociedad de San Vicente de Paul se vé proscrita, perseguida, escarnecida, calumniada y hecha objeto de vilipendio, hoy que solamente me puede valer desprecios, es cuando me atrevo á hacer público alarde de haberlo sido... *de serlo*, pues el gobierno me puede impedir el asociarme, pero no me puede privar de ser socio y de los beneficios espirituales que de ello me resultan. Y al viajar por el extranjero, asistiré á las conferencias donde las haya; y al acudir á algun congreso católico, si acudiere, denunciaré allí este acto despótico y calumnioso á la faz de los católicos de todos los paises, lo mismo de los monárquicos belgas y alemanes que ante los republicanos católicos de Suiza y de los Estados-Unidos. Si los revolucionarios dan crédito al Sr. Figuerola, yo tengo la seguridad de ser creído por todos los católicos de todo el mundo y por todos los hombres de bien.

Hay un juez supremo á quien nadie engaña, y ante él emplazo al Sr. Figuerola, cual emplazaron los Carvajales á Fernando IV, segun refiere la tradicion de Castilla.

Quizá antes de llegar ese caso, tenga ocasion de decirle cara á cara y de palabra lo que ahora digo por escrito, que no siempre será ministro.

Peró en medio de todo y de la *pasajera* tribulacion de la sociedad de San Vicente de Paul, que en su dia volverá á existir, aun mejor y purificada en el crisol de la persecucion. Estudiemos las miras de la Providencia en la caída y supresion de esta, pues la leccion merece muy bien ser estudiada.

La sociedad de San Vicente de Paul habia crecido en España de tal modo y con tal lozanía que necesitaba algo de hierro y de poda. Los árboles mas frondosos no suelen ser los que dan mas fruto. No era fácil que una mano amiga viniera á cortar las ramas inútiles y parásitas. Todos los prelados de la iglesia de España miraban con singular cariño á la sociedad, la favorecian, es mas la agasajaban, la mimaban. La Providencia ha hecho en un momento y por mano enemiga, lo que los amigos no hubieran acertado á ejecutar. La sociedad en adelante tendrá menos lozanía pero mas savia, menos ra-

mas y hojarasca pero mas raices. Esto en cuanto á su vida interior. Nadie entrará en ella sino animado de verdadera humildad. Por lo que hace á su vida exterior, la supresion de la sociedad de San Vicente de Paul ha sido una cosa providencial, alta, altísimamente providencial y favorable á la iglesia de España; y sobre ello no puedo menos de llamar la atencion de los que esto lean. Sin la supresion de la sociedad de San Vicente de Paul probablemente no se hubiera planteado la asociacion de Católicos en España. Por mi parte sé decir, que si la revolucion hubiese respetado á la sociedad de San Vicente de Paul, yo no sería individuo de la asociacion Católica; y lejos de trabajar para su instalacion, ni hubiera cooperado á ella, ni aun la hubiera apoyado sino á lo mas de un modo muy indirecto y con tibieza.

Y con todo la asociacion es hoy dia necesaria, sumamente necesaria, mas necesaria en España que la sociedad de San Vicente de Paul, pues el socorro de la Iglesia perseguida y ultrajada es mas sublime y mucho mas urgente y necesario que el socorro de los pobres. Por lo que hace á la santificacion propia, lo mismo puede lograrse en la vida pública de la asociacion de Católicos que en la vida privada, oscura, tranquila y pacífica de la sociedad de San Vicente de Paul.

Durante las persecuciones unos buscaban su santificacion en el desierto y con sus oraciones y penitencias sostenian ante Dios la causa de la Iglesia; otros por el contrario, quedando en la sociedad, se preparaban al martirio. Cuando los monjes de Peñamelaria y otros puntos vecinos á Córdoba vieron vacilar la fé de sus hermanos, durante la persecucion de Abderrahman, dejaron su pacífico retiro y se lanzaron á pelear por la fé y arrostrar el martirio. Este es el caso en que hoy dia nos hallamos. La Iglesia católica está hoy mas necesitada que los pobres, apesar de las grandes privaciones y miserias de estos. La fé se vé combatida, el clero sin recursos. La tarea de la asociacion Católica es inmensa. Quizá dentro de poco tenga esta que pensar en atender por lo menos al culto parroquial, sopena de que en los pueblos no haya quien administre los sacramentos. La tarea es inmensa: la sociedad de San Vicente de Paul no podía ni debía atender á esto; la asociacion Católica va á tener esta penosa pero importantísima mision.

La sociedad de San Vicente de Paul procura la santificacion de los cristianos por medio de las virtudes privadas como en tiempo de los primeros cristianos: la asociacion Católica la procura por medio

de la lucha y de las virtudes públicas, como en tiempo de las persecuciones.

AYER, HOY Y MAÑANA.

¿Hay elementos bastantes para la transicion de hoy á mañana?

Quando en los pueblos han ocurrido súbitas y trascendentales mudanzas de índole religiosa, ha sido siempre al soplo de ruidosas contiendas suscitadas por los intereses de muchos, en frente de los intereses de muchos. Inglaterra, Alemania, Francia, todas las naciones que toman por tipo y por modelo nuestros flamantes restauradores, digan y den razon de los contrapuestos y graves intereses, necesitados de transaccion y avenencia, que precedieron en todas partes á la situacion creada en los diferentes países á los intereses religiosos. Nunca, en ningun país, se ha dado el espectáculo de entronizarse la libertad religiosa sin que le precediesen grandes tempestades y luchas por causa de religion. Nunca, en ningun país, se ha otorgado la libertad de un culto sin que previamente existiesen allí considerables grupos de ciudadanos deseosos de profesarlo. Nunca, en ningun país, se ha establecido la libertad religiosa, sino en virtud de un convenio entre colectividades ó grupos que profesasen distintas religiones. Siempre y en todas partes, las condiciones de la libertad religiosa, ó han sido otorgadas por los católicos á los que profesaban cultos disidentes, ó estos triunfantes las han impuesto á los católicos.

Pero, ¿cuándo, en qué época, en qué país se ha visto que los católicos otorgasen á los católicos la libertad religiosa? ¿cuándo, en qué época, en qué país se ha visto que los católicos otorgasen la libertad de insultar y profanar el catolicismo? Semejante espectáculo, verdaderamente anómalo é inconcebible, se ha verificado ahora y en España, siendo la primera anomalía de esta clase que ha ocurrido entre católicos, desde que se conoce el catolicismo; siendo la primera anomalía de esta clase que ha ocurrido entre los hombres que han profesado alguna religion, desde que se conocen religiones; desde que el mundo es mundo.

Es cosa cierta y averiguada que á los autores de la eliminacion de la unidad religiosa no se les ha presentado un grupo mayor ó menor de protestan-

tes españoles á pedir libertad para practicar su culto protestante; no se les ha presentado un grupo mayor ó menor de judíos españoles á pedir libertad para erigir una sinagoga; no se les ha presentado un grupo mayor ó menor de mahometanos españoles á pedir libertad para construir una mezquita: ¿quiénes han sido, pues, los exigentes? ¿quiénes son los que han pedido libertad para profesar en público su religion? Los que no necesitan templo, ni clero, ni ceremonia, ni culto; los que no quieren seguir religion alguna; los que no creen en la santidad de los santos, ni en la pureza de la Virgen sin mancha, ni en la divinidad de Dios, y por lo tanto hablan de lo mas augusto y de lo mas sagrado para hacerlo objeto de una profanacion escandalosa para los católicos. Otorgar la libertad religiosa á los que no tienen ni profesan religion alguna, otorgar la libertad religiosa á los que no quieren practicar culto alguno, otorgar la libertad religiosa á los que no han de utilizarla para ser protestantes, ni judíos, ni mahometanos, sino para hacer escarnio de todas las religiones, y señaladamente de la católica por la que comienzan, ¿no es acaso otorgar la libertad de insultar y profanar el catolicismo?

Esto lo han hecho por vez primera católicos españoles; y no lo han hecho, acosados por grandes contiendas religiosas, ni por necesidades de transaccion ó avenencia religiosa, ni por grupos de disidentes españoles que lo reclamasen; aquí no habia sino grupos de católicos y grupos de enemigos del catolicismo, ajenos á toda religion y á todo culto. Estos no pedian la libertad de no ser católicos ni parecerlo, esa libertad ya la tenian: pidiendo mas, bien claro daban á entender que no pedian ni querian sino la libertad que ya han comenzado á ejercer antes de serles otorgada, la libertad de levantar bandera de odio al catolicismo.

¿Qué podemos, pues, esperar para los intereses católicos? El tristísimo mañana que dejamos descrito en el párrafo anterior. ¿Hay elementos para que ese mañana venga? ¿Cómo no ha de haberlos, si ayudan á tan desastroso intento, no solamente los enemigos, sino aun los mismos amigos! Bien podemos los católicos recordar una frase, reproducida no ha mucho aunque en distinto concepto por un diputado: De mis amigos libreme Dios; que de mis enemigos me libraré yo.

La unidad religiosa destruida por los enemigos del catolicismo nos hubiera llegado tan al alma como ahora; mas no hubiera sido una asechanza de mala ley ni una sorpresa. Pero destruida por los

que habian sido sus defensores, destruida por los que se dicen todavía sinceros católicos, ¿quién habia de sospecharlo en el pais de la hidalguía? ¿quién habia de sospecharlo de la lealtad de los que son tan caballeros y tan pundonorosos, que para devolver á España su perdida honra han hecho tan ruidosos sacrificios?

Si mañana se les antoja convertirse en perseguidores del catolicismo, ya no podrán incurrir en mayores inconsecuencias de las que han cometido, derribando iglesias en nombre de la libertad religiosa, y abriendo la puerta á sacrílegas é impunes profanaciones de lo mas santo y de lo mas augusto en nombre de su amor al catolicismo.

¿Hay elementos suficientes para hacer frente á la transicion de hoy á mañana?

De dos ejércitos desproporcionados que se dan la batalla, vence con toda seguridad el mas numeroso, si se bate bien; pero si el ejército menor batalla con brío y el menor con flojedad, si el uno va compacto y el otro está dividido, si el primero aprovecha medios y el segundo los desaprovecha, si aquel cuenta con poca gente pero decidida y el otro con mucha gente pero floja é irresuelta, entonces será muy posible, muy verosímil, muy probable la derrota del ejército mayor por el exiguo.

Para nosotros es una verdad incontestable que los católicos formamos en España una grande, una inmensa (permítase la palabra) mayoría sobre los no-católicos. Los que creen son muchísimos mas que los que no creen; son muchísimos mas en número, en aspiraciones, en recursos y en elementos. Y sin embargo se ha dado el singular y extraño espectáculo de que los menos hayan triunfado sobre los mas.

Para tan sorprendente fenómeno, que en teoría no se concibe, pero que se ha realizado en la práctica, fuerza es que ocurra una grande y poderosa causa capaz de alterar el orden normal de los acontecimientos y de torcer la inflexibilidad lógica. Si somos los mas, indisputablemente los mas, hemos de marchar tan directamente al triunfo, como van derechos las aguas de los ríos á derramarse por los mares. Véase por donde se descubre que nuestra derrota es tan fenomenal, tan sorprendente, tan ilógica, tan en contra de lo natural, como si las aguas de los ríos retrocediesen en su curso.

Los españoles tenemos un señalado apego al quietismo. Sea por influencia del clima, sea por fuerza y eficacia del hábito, es lo cierto que somos fáciles

en vivir de esperanzas, y en virtud de la esperanza sometemos nuestra actitud pasiva á una acción superior y real, pero ágena á la cooperación propia.

En el orden económico juzgaron nuestros antepasados haber hecho un gran descubrimiento con la exploración de las Américas. Gran descubrimiento fué por cierto; pero los españoles entendieron lo grande del hallazgo en un sentido poco favorable á su actividad. Bien hallados con los arribos de ricos minerales procedentes de varias comarcas de América, dieron á este poderoso recurso el carácter de panacea duradera é inagotable; y si ocurría entonces una crisis económica, no se investigaban por punto general sus causas ni se le aplicaban los naturales remedios: puesta la esperanza en los bastimentos cargados de plata, íbanse conjurando las crisis económicas y la penuria con este remedio heroico, es cierto, pero transitorio. El Potosí ejerció una desfavorable influencia en la actividad administrativa; y el quietismo de los gobiernos que para remedio de los males económicos fiaban sus esperanzas en las arribadas de bastimentos, trascendió á los individuos.

En el orden político, en el administrativo, en el económico, en el social y aun en el moral puede cualquiera hallar modelos de ese quietismo, si le place fijar alguna atención en investigarlos. Aquella tranquilidad, aquella actitud pasiva, aquel estar sin cuidado que dieron de sí en el orden económico los arribos de minerales ricos de América, cundió á otras esferas, se propagó á las clases y á los individuos, y dejó en todas partes resabios, todavía no desaparecidos, de esa tranquilidad, de esa actitud pasiva, de ese estar sin cuidado á que hacemos referencia.

Y pues tanto trascendió ese quietismo, no será infundado buscar su manifestación en el orden religioso.

Vicisitudes de índole varia y de alcances no siempre iguales han puesto diferentes veces en alarma á los católicos españoles; pero en medio de esas vicisitudes hubo siempre un punto á donde nadie tocaba; y ese punto era el recurso permanente, la garantía constante, el generador perenne de las esperanzas de los católicos españoles.

Fundada la unidad católica con el honrosísimo precedente de siete siglos de una lucha noble y por nadie tildada, tuvo en su constante apoyo la suprema acción del estado. A la espulsión de los árabes sucedió el destierro impuesto á los judíos, y á ese destierro sucedió mas adelante el vigoroso estorbo que se opuso á la invasión de los protestantes.

Dicen pues los hechos históricos que el estado tomó sobre sí, y lo tomó con singular empeño, la tarea de asegurar á los españoles la unidad católica. Y tan arraigada era en la suprema acción del estado la tradición de ese intento, que ni vicisitudes lo torcieron, ni corrupciones lo desbarataron. Ni en los reinados de Felipe III y de Felipe IV tan propicios á las exageraciones de la galantería que malearon las costumbres públicas, ni en las serias desavenencias de Felipe V con la corte de Roma, ni en el mudado y progresivo impulso que los ministros de Carlos III dieron al tratar de las materias eclesiásticas, ni en la decadencia bajo todos conceptos notoria del reinado de Carlos IV, nunca, ni por asomo se desprendió el estado del empeño propio y tradicional de guardar y conservar la unidad católica.

A la sombra de esta seguridad, tan arraigada que desafiaba impávida la influencia roedora de los siglos, arraigóse por igual en los corazones de los católicos españoles la esperanza de que el catolicismo no corría en España ni había de correr serios riesgos.

Y si amanecían períodos turbulentos, y si sufrían persecución las personas y las instituciones religiosas, el pueblo católico de España lo aceptaba todo como una borrasca de mas ó menos grandes pero al fin pasajeros efectos. En medio de esas borrascas y contratiempos subsistía impávida y por todos respetada la unidad religiosa, y era ella una garantía de que el odio al catolicismo había de tener un límite y hallar un término.

Las sangrientas escenas de 1835, movidas tan directamente en daño de personas é instituciones religiosas, y seguidas de una larga serie de innovaciones acordes en el fondo y análogas por su índole, dejaron subsistente y respetada la unidad religiosa; y por esto los católicos españoles, aun en medio de aquellas perturbaciones, no creyeron venidos en España temores y riesgos duraderos de persecución y odio al catolicismo.

La piedad hubo de estar bien avenida con ese quietismo. Los católicos, firmes en su fé, cuidaban de guardar en su corazón el calor del celo por sí propios; y preservada su inteligencia por la insalvable valla del respeto al dogma, entregábanse sin asomo de cuidado á las expansiones de su piedad. Y si por la ley de caridad volvían, como era justo, su atención á las contrariedades que amenazaban al catolicismo en estas ó aquellas esferas mas ó menos elevadas, mas ó menos bajas, mas ó menos alejadas de los lugares de devoción y reco-

gimiento, era para rogar á Dios que hiciese pasajeró los contratiempos. Y como en medio de todo no les habia faltado la garantía oficial de la unidad católica, era esta tenida como signo humano de singular proteccion divina, era mirada como prenda de que Dios atendia sus oraciones.

Hé aquí fotografiados á un grandísimo número de católicos españoles; hé aquí esplicada la causa de su quietismo; hé aquí conocido el origen de la singular anomalía recién ocurrida en nuestra patria.

Los menos han triunfado sobre los mas, porque los mas han guardado su tradicional quietismo, su tradicional apartamiento de la cosa pública, su tradicional estar sin cuidado con respecto á la suprema accion del estado sobre los intereses católicos.

El odio al catolicismo ha obtenido un notable triunfo sobre el amor al catolicismo, porque los católicos españoles no esperaban asechanzas de mala ley de parte de los que se decian y se dicen sinceros católicos: creian en esas protestas, y no temian, muchos ni por asomo, que los legisladores católicos de un pais católico por escelerencia franqueasen la puerta á los profanadores del catolicismo y aun les prometiesen proteccion y amparo.

¿Hay elementos suficientes para poner coto á ese dañado propósito y hacer frente á la transicion de hoy á mañana?

Eco de un pueblo católico, arranque de sentimientos lastimados, protesta solemne de agraviadas creencias, es la voz que se levanta de todos los templos de España, todavía no repuesta de su asombro por la negacion de lo mas santo. Esta voz, coro compacto y unánime formado por millones de voces, quiere ahogar el desentono de la incredulidad, y clama: Creo, creo firmemente, creo profundamente, creo con todo el corazon y toda el alma, creo hasta la muerte, creo hasta dar la vida por las creencias católicas.

No se necesita tanto; la época no es de mártires.

No estamos en las catacumbas, sino en el templo: no estamos en él como escondidos, sino libremente y en virtud de un derecho propio que nadie puede legalmente arrebatarnos.

Por esto no conviene ocultarse, sino esperar á pié firme; por esto no conviene retraerse, sino hacer frente; por esto no conviene ceder, sino disputar.

Se necesitan confesores, no mártires.

Se necesitan soldados, no víctimás.

(Se concluirá.)



CRÓNICA.

Escriben de la ciudad eterna al *Memorial diplomatique*, que el marques de Banneville acaba de recibir de Paris instrucciones para entablar negociaciones formales con la santa sede, con el objeto de acordar el modo como ha de estar representada la Francia en el próximo concilio. Estas proposiciones han sido muy bien recibidas por Pio IX, y su Santidad ha manifestado la satisfaccion que le proporciona el ver que es el hijo primogénito de la Iglesia el primero en dar un paso que no tardará sin duda en seguir otra potencia católica.

Asegúrase que el gabinete italiano, de acuerdo con el de Baviera, desea impedir la celebracion del concilio. Cuentan los ministros de Víctor Manuel con que los franceses no tardarán en evacuar los estados del papa, en cuyo supuesto creen fácil amedrentar á la corte de Roma y á los obispos con algun golpe teatral garibaldino dado al efecto en la frontera. Entre tanto los carpinteros, tapiceros y otros artesanos trabajan con actividad en los preparativos materiales de la asamblea.

El gobierno ruso ha concedido autorizacion á los obispos católicos del imperio, para que puedan tomar parte en las deliberaciones del concilio.

El dia santo de Pentecostes se abrió en Esmirna un concilio provincial de los obispos de la Turquía y de la Grecia, cuyo presidente, delegado por el sumo pontifice, es aquel digno arzobispo. La inauguracion se hizo con grande solemnidad por los ocho obispos, con mitra y báculo en mano, precedidos de todo el clero y misioneros con casulla, un piquete de tropa haciendo escolta para mantener el orden, en medio de una multitud de veinte mil personas asistiendo con silencio y respeto á una ceremonia tan imponente, la primera de su especie por la iglesia latina en estas regiones. Llegados á la iglesia principal, se cantó la misa pontifical seguida de un discurso en griego por el arzobispo de Naxos, en el que hizo la historia de todas las herejías condenadas por los concilios ecuménicos, probando que la iglesia de Roma ha conservado intacto el depósito de la fe recibida de los apóstoles, y que se dispone ahora á protestar en el próximo concilio contra los errores de nuestro siglo. El 29 del pasado se celebró la segunda sesion pública, en la que el arzobispo de Esmirna hizo un discurso en frances.

El lunes 21 del actual abrió sus escuelas de adultos la Asociación de católicos de esta ciudad en el mismo local donde tiene sus reuniones. Ascenden ya á ciento los alumnos inscritos de la clase de socios, y se toman disposiciones para poder admitir á los que en adelante se presenten. Nos ocuparemos de ellas mas estensamente.

ERRATAS IMPORTANTES.

En el número anterior pág. 2, col. 2ª lin. 33, en vez de *inmoralidad* léase *inmortalidad*.

Idem pág. 8, col. 2ª en la 5ª linea antes de concluir, en el aparte *EL GOBIERNO Á LAS CORTES* donde dice *poder ejecutivo* léase *poder legislativo*.